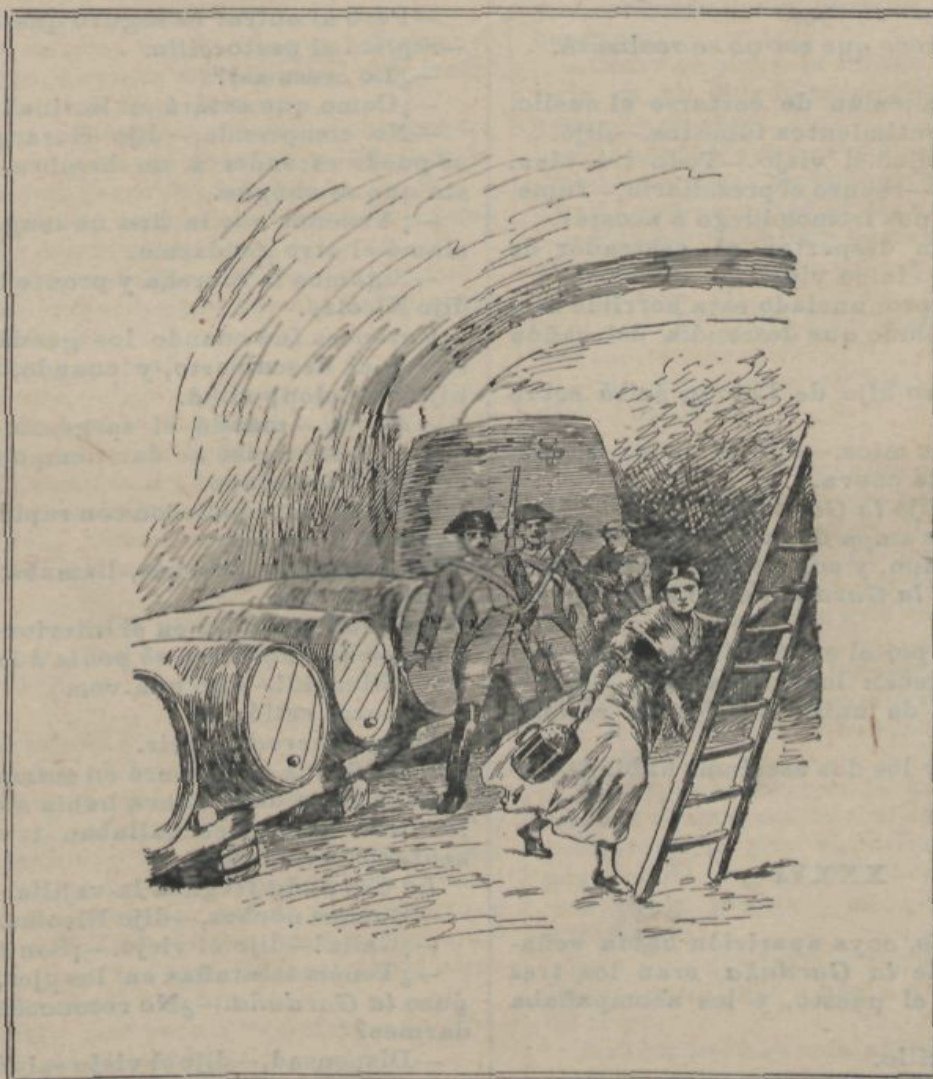


# EL MUNDO DE LAS AVENTURAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

2.<sup>a</sup> SERIE ✧ BARCELONA, noviembre de 1895 ✧ NÚMERO 58





## MEMORIAS DE UN GENDARME

POR

PONSON DU TERRAIL

(Continuación)

—Cuando se hayan cansado de buscarnos, escaparemos,—dijo el presidiario.—Yo he venido de Rochefort arrastrando un carretón... Mala suerte habríamos de tener si no lográbamos salir de aquí...

*La Garduña* se echó a llorar.

—¡Pero entonces no te veré!—dijo.

—¡A saber!—exclamó Juan *el Conejo*.—Tengo el propósito de ir a Bélgica ó al Luxemburgo, pues allí, con dinero, se puede vivir tranquilo.

—¡Yo iré a reunirme contigo!—exclamó *la Garduña* con alegría.

—Vendréis todos, ¡pardiez!—repuso Juan, dirigiendo una amable sonrisa al viejo.

Luego añadió:

—Pero me parece que eso no se realizará.

—¿Por qué?

Juan hizo el ademán de cortarse el cuello.

—Tengo presentimientos funestos,—dijo.

—Yo no,—replicó el viejo.—Todo irá bien.

—Entretanto,—repuso el presidiario,—fume mos una pipa y nos iremos luego a acostar.

—Cuidado con despertar al castrador de bueyes,—dijo el cínico viejo.

Apenas había pronunciado esta horrible broma, oyóse un silbido que descendía del cañón de la chimenea.

Al oírlo, el otro hijo de Leloup saltó sobre su escopeta.

—Vamos, hijos míos,—dijo el viejo;—es necesario bajar a la cueva.

—¡Pronto!—dijo *la Garduña*.

Y levantó la trampa de la bodega.

Al mismo tiempo, y con peligro de asfixiarse, el marido de *la Garduña* cayó en medio del fuego.

Había bajado por el cañón de la chimenea.

—Creo que vienen los gendarmes,—dijo.—Aunque no van de uniforme, los he reconocido.

*La Garduña* y los dos asesinos habían desaparecido ya.

## XXXVI

Los gendarmes, cuya aparición había señalado el marido de *la Garduña*, eran los tres que componían el puesto, y los acompañaba otro hombre.

Era el pastorcillo.

Juan Blanc había experimentado una gran sorpresa al verse detener; pero, luego que estuvo preso, el sargento fué a explicarle que sólo se trataba de una medida de prudencia, lo cual le había tranquilizado.

A la hora convenida, el sargento y el gen-

darme Martín, acompañados de Juan Blanc, habían acudido a la cita de Nicolás.

La noche era más fría aún que la anterior, y no se veía a nadie por los campos.

Los cuatro se dirigieron silenciosamente a través de los bosques, hacia la parte de la Fringale.

Antes de llegar a la linde del bosque, los gendarmes hicieron alto.

La penetrante mirada de Nicolás había visto brillar algo sobre el tejado de la granja.

Era un rayo de luna que caía a plomo sobre la escopeta del marido de *la Garduña*, colocado allí de centinela.

—¿Hay alguna veleta en la granja?—preguntó el sargento.

—No,—repuso Nicolás;—es un hombre en acecho.

—¡Ah! ¡Ah!—exclamó el sargento.—¡Sería bueno que cazásemos al *Conejo*!

—Haréis bien en cargar con bala vuestras carabinas,—dijo Sautereau.—Si nuestro hombre está ahí, como creo, no se rendirá fácilmente.

—Pero al entrar es seguro que no le veréis,—replicó el pastorcillo.

—¿Lo crees así?

—¡Como que estará en la tina!

—No comprendo,—dijo el sargento,—cómo se puede esconder a un hombre en una tina sin que se ahogue.

—¡A menos que la tina no tenga vino!—exclamó el otro gendarme.

—Sigamos la marcha y pronto lo veremos,—dijo Nicolás.

Entonces fué cuando los gendarmes se pusieron al descubierto, y cuando, al verlos, el hijo de Leloup silbó.

—Ahora,—mandó el sargento,—paso gimnástico: es preciso no dar tiempo a ese bribón para que se escape.

Y todos emprendieron con rapidez la marcha hacia la Fringale.

Diez minutos después, llamaba Nicolás a la puerta de ésta.

Oyó reír y hablar en el interior de la granja, a la vez que un perro se ponía a ladrar.

—¡Silencio!—dijo una voz.

El perro calló.

Luego fueron a abrir.

Nicolás fué el primero en entrar.

La trampa de la cueva había sido cerrada, y los tres Leloup se hallaban tranquilamente sentados a la mesa.

*La Garduña* fregaba la vajilla.

—Buenas noches,—dijo Nicolás.

—¡Calle!—dijo el viejo.—¡Son cazadores!

—¿Tenéis telarañas en los ojos, padre?—repuso *la Garduña*.—¿No reconocéis a los gendarmes?

—Dispensad,—dijo el viejo saludando;—pero como ordinariamente vais de uniforme...

Luego, fijándose en Juan Blanc, que tenía las manos debajo de la blusa, añadió:

—¡Yo conozco a éste!

—¡Como que es el pastor del granjero de la Combette!—dijo *la Garduña*.—Es Juan Blanc.



Este, que llevaba bien estudiada la lección, se puso á gimotear.

—Es que,—dijo,—estos señores pretenden que yo soy culpable...

—¿Culpable de qué?—preguntó el viejo, á la vez que ofrecía asientos á los gendarmes.

—Del asesinato del Sr. Jalouzet...

—¡Ah!—exclamó el viejo.

Y levantó la blusa de Juan Blanc, á quien Nicolás había puesto á prevención unas esposas.

Juan Blanc se echó á llorar.

—Pero,—dijo *la Garduña* en tono meloso,—de seguro que estos señores no vienen aquí en busca de ciruelas.

—No tal, hermosa mía,—repuso el sargento, que en ocasiones se las echaba de galante.

—Y yo sospecho á lo que venís,—continuó *la Garduña*.

—¿De veras?—preguntó Nicolás.

Y tomó la silla que el viejo Leloup se obstinaba en ofrecerle, sentándose en ella, pero tan cerca de la puerta que no hubiera tenido más que levantarse para cerrar el paso á cualquiera que hubiese pretendido salir.

—Si estos señores tienen algo que decirnos,—dijo el viejo, siempre obsequioso,—hablarán mejor bebiendo un vaso de vino.

—Eso no se rehusa,—contestó el sargento.

—Chica,—dijo entonces el viejo,—baja á la cueva y saca un jarro del más añejo.

—Id vos, padre,—repuso *la Garduña*,—pues sabéis mejor dónde está.

—Como quieras,—dijo el viejo.

El sargento y los dos gendarmes parecían de muy buen humor.

Juan Blanc gimoteaba.

—Sí, señores,—dijo *la Garduña*.—Sé á qué habéis venido y os lo voy á decir en dos palabras. Se ha asesinado al Sr. Jalouzet, lo cual es una gran desgracia para él; pero, por fortuna para nosotros, en vista de las calumnias que se nos dirigen, hemos pasado la noche en Lanauville, sin lo cual nos hubieran echado el muerto.

—¡Oh!—respondió paternalmente el sargento.—No se os acusa de eso: estad tranquilos.

—Ya lo sé; pero tampoco ignoro lo que se dice.

—Y ¿qué es ello?

—Que acusan al desdichado Juan *el Conejo*, un pobre diablo de cazador furtivo, á quien han colgado ya el milagro del correo. Es posible que sea culpable y es posible que no lo sea; pero se habla tan mal de nosotros en el país; porque los hombres no son de aquí y porque yo soy una pobre hospiciiana, que se ha murmurado que Juan *el Conejo* me cortejaba, como si yo no tuviera mi hombre.

Y, para dar más peso á su defensa, *la Garduña* abrazó á su marido.

Luego continuó:

—Entonces, todo se ha arreglado sencillamente. Juan *el Conejo* es perseguido, y todo el mundo dice: «—Los Leloup lo tienen oculto». Y se viene á hacer un registro en la Fringale. ¿No es cierto, señores?

—Es verdad,—repuso el sargento.

—Pues bien,—dijo *la Garduña*;—eso es fácil: la casa está á vuestra disposición, desde la cueva hasta el granero.

Y se echó á reír.

El viejo subió con un jarro de vino.

—De todas maneras,—gruñó *la Garduña*,—es preciso mucha desgracia para ser sospechoso en un país donde no se ha hecho mal á nadie. Nosotros trabajamos desde el día primero de año al de San Silvestre, nos cuesta no poco trabajo llegar de uno á otro y se dice que somos ladrones, gente sin conciencia, dignos de una cuerda... ¿qué se yo!

El pastorcillo, que continuaba gimiendo, dijo:

—¡Eso es por lo del castrador de bueyes!

—¡Dios mío!—exclamó *la Garduña*.—Bien sé que es por ese pobre hombre; pero que todos nos muramos en este momento si no salió de aquí á la madrugada y con su dinero, tan cierto como que nos dió cuarenta sueldos por la cama y la cena.

A la vez que hablaba, iba llenando los vasos, y el sargento decía, después de beber, con aire benévolo:

—Claro es que sois inocentes cuando la justicia os ha dejado tranquilos. Así es que no venimos por eso.

—¡Vaya! ¡Vaya!—exclamó el viejo.—Ya podéis buscar, que no encontraréis al *Conejo*, así como no se encontró al castrador de bueyes.

—Por eso no debéis tomarnos ojeriza,—dijo el sargento.—Es preciso que cumplamos nuestro deber.

—¡Id! ¡Id!—dijo á su vez *la Garduña*.—Haced lo que queráis.

—Mi camarada y yo visitaremos la casa,—dijo el sargento.

—Como queráis.

—Y este otro compañero se quedará aquí, pues es preciso que no salga nadie.

Nicolás continuaba junto á la puerta y no apartaba la vista de *la Garduña*.

El sargento parecía dar órdenes; pero no hacía, en realidad, más que ejecutar el plan trazado por Nicolás.

Los tres hombres Leloup permanecieron en la cocina, bajo la custodia de Nicolás, que había colocado una mano sobre el hombro de Juan Blanc.

El sargento y el gendarme Martín hicieron que los alumbrara *la Garduña*.

Subieron al piso superior y reconocieron el granero de trigo y el de heno. La Fringale era una pobre granja y sólo tenía un cuerpo de edificio.

Los dos gendarmes registraron los lechos, los haces de paja y hasta un pequeño montón de trigo.

*La Garduña* se reía por dentro al verlos realizar su tarea tan á conciencia.

—¡Nada!—dijo el sargento al bajar.—Me parece que haremos bien en marcharnos.

—Como queráis,—repuso Nicolás.

Luego, pareciendo cambiar de opinión, añadió:



—Falta todavía la bodega. Vamos á dar por allí una vuelta.

*La Garduña* levantó complacientemente la trampa y se proveyó de una linterna.

—Venid, sargento,—dijo Nicolás.—El compañero se quedará aquí. Y tú, bribonzuelo, ven con nosotros.

—¿Para qué?—murmuró el pastorcillo.

—Porque eres mi prisionero y no te quiero perder de vista.

*La Garduña* marchaba delante.

Los dos gendarmes la siguieron por la escalera de carpintero que servía para la comunicación, y empezó la visita.

Los toneles estaban vacíos en su mayor parte.

—¡Tampoco nada!—dijo el sargento.

—¡Bah!—exclamó entonces Nicolás.—Aún es preciso saber lo que tiene dentro esa gran tina.

—¡Estamos vendidos!—gritó *la Garduña*.

Y arrojó al suelo la linterna, que se apagó.

### XXXVII

El minuto que siguió á la extraña acción de *la Garduña* fué indescriptible.

El sargento y Nicolás se hallaron sumidos en las tinieblas, lo mismo que el pastorcillo, á quien Sautereau sólo había hecho bajar para que le indicase con certeza cuál era la tina.

*La Garduña* había gritado:

—¡Estamos vendidos!

Luego de haber arrojado su linterna, había-se lanzado á la escalera, que subió con agilidad de gato, y, al llegar á la cocina, bajó la trampa, dejando encerrados á los gendarmes.

Al grito de *la Garduña*, el otro gendarme Martín, que había permanecido arriba, se levantó estupefacto.

No había entendido lo que gritaba *la Garduña*; pero el viejo y sus hijos, siempre alerta, la habían comprendido perfectamente.

En pocos segundos, antes de que hubiera tenido tiempo de echar mano al sable, el gendarme se vió asaltado y derribado por aquellos tres hombres, que le pusieron en la imposibilidad de defenderse.

*La Garduña* subió.

—¡Bravo!—dijo.—Esta vez caerán todos.

Y mientras los tres hombres sujetaban al gendarme, en tanto que Nicolás y el sargento, sumidos en las tinieblas, buscaban la escalera para subir, *la Garduña*, que era una mujer robusta, tiró de la artesa de amasar el pan y la puso encima de la trampa.

Era éste un mueble pesado, todo de roble, con macizas patas y que debía oponer una resistencia formidable, si los gendarmes, hallando la escalera, llegaban á la trampa é intentaban levantarla.

Luego la infernal mujer cogió una cuerda que colgaba de la campana de la chimenea y se la tiró á los hombres, diciendo:

—Ahí va con que atar á ése.

En un abrir y cerrar de ojos, el desgraciado

gendarme fué atado de pies y manos y tendido en el suelo.

Entonces, *la Garduña* se inclinó sobre la trampa y gritó:

—¡Ahora vosotros, Conejo!

Esto significaba:

—Salid de vuestro escondite y tratad de matar á los gendarmes.

Al mismo tiempo se apoderó de una escopeta.

—Es preciso que yo misma mate uno,—dijo.

Los Leloup comprendían á aquella mujer á media palabra y la obedecían como esclavos.

El viejo levantó la artesa por una punta. *La Garduña* introdujo el cañón de la escopeta entre la trampa y el suelo y disparó.

Un grito salió de las profundidades de la cueva.

—La pequeña tiene buena mano,—dijo el viejo, siempre galante.

En la casa había tres escopetas, tantas como hombres.

Dos de aquéllas estaban aún cargadas, y el gendarme Martín se hallaba imposibilitado de hacer un movimiento.

El viejo empujó la artesa, *la Garduña* levantó de nuevo la trampa y mandó hacer fuego.

Cuatro tiros partieron á la vez, pues las escopetas eran de dos cañones.

—¡A la suerte!—dijo *la Garduña*.

Oyóse un nuevo grito, un grito de dolor.

—¡Blanco!—gritó el viejo.

Luego se oyó un rumor semejante á un estertor de agonía. Después... ¡nada!

—Creo que han muerto todos,—dijo *la Garduña*.

—Vamos á verlo.

Y abrieron por completo la trampa.

Un silencio fúnebre reinaba en la cueva.

El viejo murmuraba alegremente:

—Bien se ve que somos cazadores nocturnos. No necesitamos ver claro para hacer buena puntería.

*La Garduña* había vuelto á encender la linterna y puso atrevidamente el pie en el primer travesaño de la escalera, diciendo:

—Los otros no han salido todavía. ¡Qué bestias son!

Un suspiro partió de las profundidades de la cueva.

—Mira,—dijo uno de los Leloup;—sin duda, alguno acaba de cerrar el ojo.

—Creo que es el último,—repuso el marido de *la Garduña*.

—No importa,—dijo el viejo;—de todas maneras, creo que haríamos bien en volver á cargar las escopetas.

—¡Siempre tenéis miedo!—replicó *la Garduña*.—Yo me encargo de rematarlos con esto.

Y se apoderó de una cuchilla de cortar la manteca, arma terrible en una mano ejercitada.

¿Qué había pasado en la cueva?

En un barco en peligro se ha visto á veces á un capitán inexperto ceder el mando á su segundo.



Cuando se cerró la trampa, el sargento exclamó:

—¡Estamos perdidos!

—¡Silencio!—dijo Nicolás.

Y la energía con que pronunció esta palabra le convirtió en jefe, de subordinado que era un momento antes.

Nicolás había adivinado la inmensidad del peligro; pero, afortunadamente, tenía el medio de conjurar una parte de él.

Juan Blanc, á quien, al bajar, quitó con pres-teza las esposas, había revelado el secreto de la tina.

Este era de una temible sencillez.

La tina era de piedra; tenía un doble fondo y dos grifos.

La parte superior tenía una abertura bastante ancha para dejar pasar el cuerpo de un hombre; la parte inferior era un vasto escondite oscuro, pero que recibía el aire por el segundo grifo. Allí se podía permanecer multitud de horas sin asfixiarse.

Cuando se abría el primer grifo, corría el vino, y la tapa de la abertura que separaba las dos partes de la tina no funcionaba. Entonces era tan imposible salir del escondite como entrar en él.

Juan Blanc, durante la noche que pasó en la Fringale, se había arrastrado hasta la trampa de la cueva mientras trasladaba á ella al jabalí, y había comprendido el mecanismo tanto mejor cuanto que el viejo, que era vanidoso, se había complacido en demostrar lo ingenioso de aquél á sus hijos y á Juan *el Conejo*, alabándose de ser el inventor de él.

Nicolás también lo había comprendido perfectamente.

Tanto es así que, apenas hubo encargado silencio al sargento y á Juan Blanc, sacó un fósforo y lo encendió en su manga.

El fósforo sólo lució un segundo, pero fué lo bastante para que Nicolás se lanzase á la tina y abriera el grifo superior.

El vino corrió á borbotones en la parte de arriba y tapó la abertura de comunicación.

Desde entonces era casi imposible que Juan *el Conejo* y su cómplice salieran de su ingenioso escondite.

En cuanto se oyó el primer disparo, Nicolás empujó al sargento hacia debajo de la escalera, y lanzó un grito como si hubiera sido herido.

Luego empujó á Juan Blanc y se colocó él mismo á cubierto de los proyectiles, repitiendo en voz muy baja:

—¡Silencio!

Siguieron los cuatro disparos, y Nicolás lanzó otro grito.

Luego fingió el estertor.

Y entonces fué cuando, no oyendo ya nada y persuadidos de que los gendarmes habían muerto, los Leloup y *la Garduña* se decidieron á bajar.

Pero de pronto, la escalera osciló y cayó con su racimo humano.

Era que Nicolás, viendo á *la Garduña* y á los tres hombres sobre los peldaños, había derribado la escalera de un vigoroso empuje.

*La Garduña* cayó la primera, y, como antes, la linterna se apagó.

Al mismo tiempo, los dos hijos de Leloup fueron cogidos por la garganta y derribados. La lucha fué terrible.

—¡A mí! ¡Padre! ¡A mí!—gritaba *la Garduña*.—¡Ah! ¡Bandidos!

Nicolás había logrado cogerla; pero la furia le hería con su cuchilla.

El sargento luchaba con los dos Leloup y el viejo.

En cuanto á Juan Blanc, comprendiendo que si los gendarmes eran vencidos él estaría perdido irremisiblemente, corrió en auxilio de Nicolás.

Como la trampa había quedado abierta, la luz de la cocina bajaba débilmente á la cueva, y la oscuridad no era tan grande que los gendarmes y sus agresores no pudieran verse.

Nicolás había recibido varias heridas; pero, al fin, logró sujetar á *la Garduña*.

En cuanto á los Leloup, no podían servirse de sus escopetas descargadas más que como de una maza.

El sargento había acabado por sacar su sable; pero ni él ni Nicolás habían juzgado conveniente hacer uso de sus carabinas.

—Es preciso cogerlos vivos,—dijo Sante-reau.

De pronto, llegó á los gendarmes un inesperado socorro.

El gendarme Martín apareció en el orificio de la trampa.

Había roto sus ligaduras y estaba libre.

El bravo soldado, durante la escaramuza, había tenido el valor heroico de arrastrarse hasta el fuego y exponer á éste sus manos atadas, sin lanzar un grito, hasta que las cuerdas calcinadas se rompieron á impulso de un violento esfuerzo.

Libres las manos, había quitado las cuerdas que le sujetaban los pies.

Luego, lanzándose hacia la trampa, exclamó:

—¡Héme aquí, camaradas!

—¡Cuerdas! ¡Cuerdas!—gritó Nicolás.

Martín le arrojó las suyas.

Luego saltó á la cueva, y entonces ya no fué dudoso el resultado de la lucha.

Los gendarmes dominaron á los tres hombres y á aquella furia llamada *la Garduña*.

Esta había tenido que soltar su temible cuchilla.

El pequeño Juan Blanc se había portado con bravura en el combate.

Había logrado derribar al viejo y le tenía aún bajo su rodilla cuando Martín saltó á la cueva.

Pero cuando se ataba á *la Garduña*, y los gendarmes vencedores ponían esposas á los tres hombres, éstos, á su vez, recibieron socorro y volvióse á empezar la batalla.

### XXXVIII

¿Qué socorro era el que llegaba á los arrendadores de la Fringale y á *la Garduña*?



Hemos dicho que, dejando correr el vino en la parte superior de la tina, ya no podía levantarse la tapa de la abertura que daba acceso al escondite. al menos sin que quien tal intentara hiciese grandes esfuerzos y corriera el riesgo de anegarse en el vino.

La parte superior de la tina estaba cubierta por tablas que *la Garduña* había vuelto a colocar cuidadosamente, luego que se ocultaron Juan el Conejo y el presidiario.

Estos últimos, muy estrechos en su escondite, rozando los huesos del castrador de bueyes, pues las carnes hacía tiempo que no existían; éstos últimos, decimos, no habían oído al principio más que rumores confusos.

—Los gendarmes charlan,—dijo el Conejo.—Estemos quietos.

Cuando *la Garduña* bajó por primera vez a la cueva y lanzó el grito de alarma, Juan el Conejo se estremeció.

El aire y la luz le llegaban débilmente por el grifo, que no tenía el grueso de un brazo; pero, pegando a él un ojo, podía ver lo que pasaba en la cueva.

Cuando la luz se apagó, lo comprendió todo.

Pero vaciló un momento, y dió tiempo a que Nicolás abriese el otro grifo.

—¡Bueno! Estamos presos,—dijo el cazador.

Al mismo tiempo oyó el disparo hecho por *la Garduña*, luego los cuatro que hicieron los hombres, y los gritos de angustia de Nicolás.

Como *la Garduña* y su familia, creyó muertos a los gendarmes.

El vino seguía corriendo y llenaba poco a poco la parte superior de la tina.

Pero cuando se volvió a abrir la trampa, cuando la escalera, sacudida, arrojó a *la Garduña* y a los tres hombres a la cueva, cuando, en fin, se entabló la terrible lucha entre los gendarmes y los Leloup, entonces Juan el Conejo ya no tuvo más esperanza que la de que triunfasen sus amigos.

Pronto quedó ésta desvanecida, y entonces dijo al presidiario:

—Vamos, compañero: ó nos arriesgamos a ahogarnos ó nos van a coger vivos sin poder defendernos.

Al decir esto, se apoyó contra la tapa de la abertura y trató de levantarla; pero el vino pesaba mucho y la tapa resistió.

Entonces cogió el hacha con la que había asesinado a Jalouzet, y, en las tinieblas, se puso a dar golpes contra la tapa.

De pronto, le cegó una oleada de vino; pero, sin soltar el hacha, logró subir a la parte superior de la tina.

Los gritos de *la Garduña* y el tumulto que había reinado en la cueva no habían permitido a los gendarmes oír los hachazos.

Juan el Conejo y luego el presidiario, medio asfixiados, llegaron a la parte superior de la tina y se hallaron con que el vino sólo les llegaba al sobaco.

Entonces Juan levantó las tablas de un vigoroso empujón, y saltó a la cueva, con su terrible hacha en la mano.

El presidiario no tenía armas, pero cogió un madero y lo esgrimió como una maza.

Los Leloup no estaban en situación de reanudar el combate, pues ya no tenían las manos libres; pero *la Garduña* lanzó un grito de triunfo.

—¡Hiere, Juan, hiere!—dijo.

Y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, logró desatarse las manos y apoderarse nuevamente de la cuchilla.

Juan se arrojó sobre el sargento y le tiró un hachazo capaz de hendir de arriba abajo la cabeza.

El sargento esquivó el golpe, y Juan, llevado de su empuje, dió un paso en falso y cayó.

Entonces brilló un relámpago, y, al ir a levantarse el cazador furtivo, recibió un balazo en el pecho.

El gendarme Martín había creído deber hacer uso de la carabina.

—¡No me cogerán viva!—gritó *la Garduña*, apoyando la espalda en dos barriles y haciendo girar la cuchilla por encima de la cabeza.

De pronto, el presidiario lanzó un grito feroz.

—¡Ah!—dijo.—¡Eres tú, Nicolás! ¡Debías acabar por hacerte gendarme!

Y se lanzó sobre él, con su maza en alto.

—¡Martinillo!—exclamó el gendarme.

Entonces aquellos dos hombres se cogieron por el cuerpo y lucharon como dos atletas antiguos.

—¡Necesito tu vida!—decía Martinillo.

Nicolás se defendía, pero sin herir.

Al fin, aquella lucha fratricida acabó.

El sargento acudió en socorro de Nicolás y logró sujetar al presidiario.

Al mismo tiempo, el gendarme Martín, cogiendo su carabina por el cañón, derribó de un golpe, con la culata, la temible cuchilla de *la Garduña*, y Juan Blanc se lanzó sobre ésta.

Los tres Leloup, reducidos a la impotencia, no habían dejado de vociferar; pero, al fin, triunfó la ley.

Juan el Conejo se retorció en el suelo y vomitaba blasfemias, mezcladas con oleadas de sangre.

—¡No seré guillotinado!—gritaba.—¡Ya tengo lo que me hace falta! ¡Abajo los gendarmes!

Cuando estuvieron sólidamente agarrotados el presidiario y *la Garduña*, los tres gendarmes y el pequeño Juan Blanc se miraron y se consultaron sobre el partido que convenía tomar.

—Corro a Laneuville,—dijo el pastorcillo,—y volveré con refuerzos.

Todos los gendarmes estaban heridos, más ó menos gravemente.

Nicolás había recibido una porción de cortes con la cuchilla y se hallaba cubierto de sangre.

¡Pero tenía otra cosa en que pensar que en sus heridas!

El desgraciado miraba al presidiario, que a la sazón guardaba un adusto silencio, y se de-



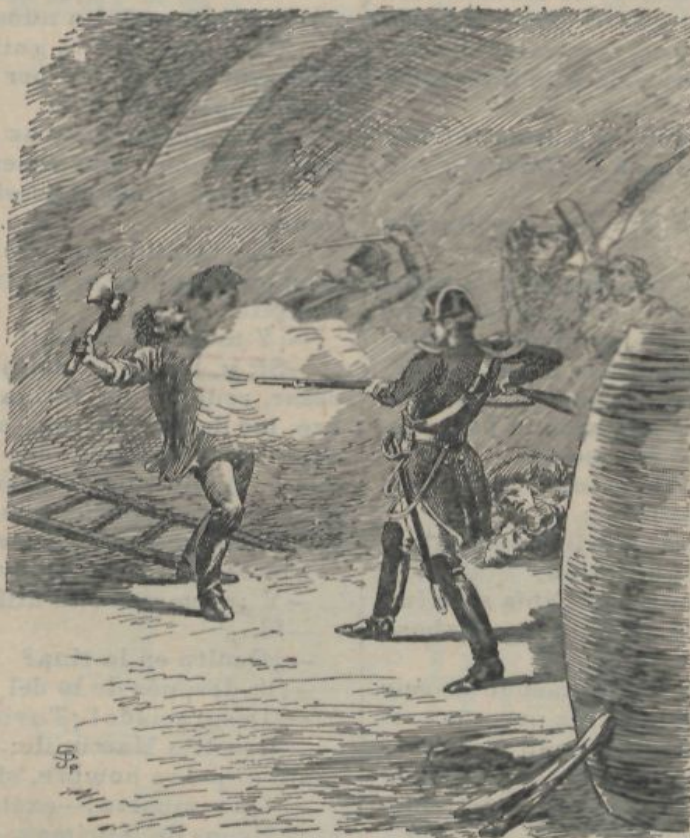
cía que aquel hombre era su hermano y que él se veía obligado á entregarle á la justicia.

Una hora después de la marcha de Juan Blanc, que, para ir más aprisa, había saltado sobre el único caballo de la granja, llegó el juez de paz con el guarda campestre y muchos habitantes del pueblo, armados de escopetas, y que se habían puesto espontáneamente á su disposición. Apenas eran las tres de la mañana.

Antes de abandonar la granja, se vació la tina, poniendo al descubierto el escondite, y se encontró el dinero robado en la Combette, junto con los huesos del castrador de bueyes.

Aunque todavía era de noche cuando llegaron á Laneuville los prisioneros y su escolta, todo el mundo se hallaba ya en pie.

—¡Al fin!—decían como aliviados de un gran peso. —¡Ya las pagarán los asesinos de la Fringale!



Brilló un relámpago, y el cazador furtivo recibió un balazo en el pecho

Después de haberse asegurado de que la cueva no tenía más salida que la trampa, los gendarmes habían dejado allí á sus prisioneros, y con ayuda de la escalera que tomaron la precaución de retirar en seguida, habían subido á la cocina para lavar y curar sus heridas.

Cuando llegó el juez de paz, fueron llevados á su presencia los prisioneros, uno á uno.

Juan el Conejo no había muerto: continuaba blasfemando y alabándose de ser el autor del asesinato cometido la noche anterior.

La Garduña y los Leloup aullaban como fieras.

Sólo el presidiario no decía nada.

Interrogósele y no respondió.

¿De dónde venía aquel hombre?

Nadie le conocía.

Nicolás volvía la cabeza y guardaba triste silencio.

—Será preciso incomunicarle,—dijo el juez de paz, que estaba á cien leguas de sospechar que tenía ante él al hermano de Sautereau.

Y los Leloup, aquellas gentes que durante veinte años habían hecho temblar á toda la comarca, atravesaron el pueblo en medio de las imprecaciones de la multitud.

Había sido preciso colocar á la Garduña, que se negaba á andar, en las parihuelas improvisadas para conducir á Juan el Conejo.

En cuanto al presidiario, caminaba, mudo y adusto, junto á Nicolás, que, transportándose con la imaginación á quince años atrás, pensaba en su madre y lloraba silenciosamente.

### XXXIX

Laneuville no tiene otra cárcel que un pequeño calabozo en la casa-cuartel de los gendarmes.

Sin embargo, no había que pensar en trasladar los prisioneros á Avallon, sin haber avisado á la gendarmería de este pueblo y al procurador del rey.



Sí los Leloup eran execrados en Laneuville, tenían amigos en la hambrienta población de carboneros que asolaban los bosques del Morván, y podía temerse que éstos intentaran ponerlos en libertad por el camino.

Además, el sargento y los dos gendarmes estaban heridos, y no se encontraban en disposición de emprender el viaje de Laneuville á Avallon y de escoltar por sí solos á gentes tan resueltas y tan desesperadas.

Encerróse, pues, á los prisioneros en una de las salas de la gendarmería, no sin haberlos agarrotado sólidamente, y se avisó en seguida al tribunal de Avallon, que, seguramente, enviaría fuerzas de gendarmería ó de infantería para escoltarlos.

Dejóse juntos á los Leloup y á Juan el Conejo, pero se separó de ellos á la Garduña y al presidiario.

Aquella fué colocada en una habitación aparte.

Continuaba blasfemando á ratos y á ratos lamentándose, pues estaba convencida de que Juan el Conejo se moría, y ella amaba al miserable, y hacía gala de semejante amor.

Sin embargo, el médico del pueblo, llamado á curar al herido, había extraído la bala, declarando que la lesión no era mortal.

Esta declaración llenó de estupor á Juan el Conejo, que se puso á vociferar:

—¡Entonces me dejaré morir de hambre, porque no quiero ir á la guillotina!

El presidiario, cuyo mutismo había sido imposible vencer, ocupaba el único calabozo existente.

Era éste una especie de camaranchón de seis pies cuadrados que recibía la luz por una tronera y estaba situado en el segundo piso.

La tronera estaba provista de gruesos barrotes de hierro y parecía demasiado estrecha para dejar pasar á un hombre.

La puerta era de roble macizo, sólidamente chapeada de hierro y tenía una cerradura y tres cerrojos.

Jamás se había evadido de allí un prisionero.

El presidiario, que se negaba obstinadamente á decir su nombre y procedencia, recibió, al anochecer, la visita del juez de paz.

—Señor mío,—dijo á este funcionario,—si queréis saber quién soy, enviadme al gendarme Nicolás Sautereau y se lo diré.

Y como el juez manifestase extrañeza, añadió:

—No hay más que tomarlo ó dejarlo.

El juez salió del calabozo y transmitió á Nicolás la manifestación del prisionero.

Nicolás estaba pálido como un muerto; pero el juez atribuyó esta palidez á la fatiga y á la pérdida de sangre.

—Obedeceré,—dijo tristemente el gendarme.

Y se dirigió al calabozo que ocupaba el pre-

sidiario, encerrándose con éste, que se hallaba sentado, con las piernas ligadas y las manos atadas á la espalda.

—¡Ah! ¡Eres tú, hermano! —dijo con triste sonrisa, pero sin ironía.

—¡Desgraciado! —murmuró Nicolás. — ¡Es así como debía esperar volver á verte!

—¡Qué quieres! —repuso Martinillo. — Cuando se está en la pendiente es imposible detenerse. Esto debía concluir así.

—¡Ah, hermano, hermano! — exclamó Nicolás con voz entrecortada por los sollozos. — ¿Acaso está maldita nuestra raza?

—Creo que iré á la guillotina, — dijo Martinillo con calma, — y por eso he querido verte para despedirme de ti.

—Pero ¿cómo estabas en la granja? — preguntó Nicolás, que esperaba aún que su hermano fuese ajeno al asesinato del dueño de la Combette.

—Hay fatalidades, —repuso Martinillo. — Estaba en presidio; sólo me faltaba un año para cumplir...

—¡Y te has escapado!

—Sí; y, huyendo del presidio y andando sin cesar, rendido de fatiga, moribundo de hambre, me detuve en esta comarca, evitando los caminos y costeano los bosques. Una noche que no había comido desde la víspera encontré á Juan el Conejo, que me llevó á la Fringale, donde me dieron de cenar.

Nicolás esperaba todavía.

—Y ¿permaneciste allí?

—Sí.

—¿Oculto en la tina?

—Sí: después de lo del viejo.

—¡Desgraciado! ¡Tuviste parte...!

—Sí,—dijo Martinillo;—pero no fui yo quien mató al pobre hombre, sino Juan el Conejo.

—¡Qué importa! —exclamó Nicolás con los ojos llenos de lágrimas. — ¡Eres cómplice en el asesinato!

—Lo sé, y no ignoro tampoco la suerte que me espera.

El presidiario hablaba con voz conmovida, y en sus ojos brillaban las lágrimas.

—Hermano, — añadió, — te he llamado para pedirte perdón. Dí: ¿me perdonas?

Nicolás tendió los brazos y le estrechó en ellos largo rato.

El presidiario continuó:

—No he querido decir mi nombre, porque ese nombre es el tuyo. Tranquilízate: nadie lo sabrá.

—La justicia logrará averiguarlo, —dijo tristemente Nicolás.

—Sí; pero más tarde, cuando se me haya vuelto á llevar á presidio... porque yo pertenezco al presidio, que me reclamará, y allí habré de sufrir la suprema expiación.

—No,—dijo Nicolás;—te equivocas.

(Se continuará)